

DÍAS DE LUNA AZUL

La intimidad del poder
en tiempos del “corralito”

Viviana Durán

*“El país se iba a pique, mi propio mundo
estaba en llamas y eras mi único anclaje”.*
Una novela tan real, que resulta inverosímil.

sb

Viviana Durán

DÍAS DE LUNA AZUL

La intimidad del poder
en tiempos del "corralito"

sb

Buenos Aires • México • Madrid

Título de la obra: Días de luna azul
Autor: Viviana Durán
ISBN: 978-987-1984-69-5

© 2016, Viviana Durán
© 2016, Sb editorial

1ª edición en Buenos Aires: septiembre de 2016

1ª edición en Barcelona: octubre de 2016

Director General: Andrés C. Telesca
Diseño de cubierta e interior: Cecilia Ricci (ricciececilia2004@gmail.com)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina - Impreso en Argentina - *Made in Argentina*

Los hechos y personajes narrados en esta obra no son reales, pertenecen a la ficción.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Distribuye en México: RGS Libros

Av. Progreso 202, Col. Escandón, 11800, Del. Miguel Hidalgo, México D.F., México
(+52) (55) 55152922 | 55154964 | 55164261
www.rgslibros.com - fernando@lyesa.com

Distribuye en Argentina: Waldhuter Libros

Pavón 2636 - C1248AAS - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
(+54) (11) 6091-4786 | 3221-5195
www.waldhuter.com.ar - francisco@waldhuter.com.ar

Distribuye en España: Tarahumara Libros

Calle de la Paloma, 6 - 28005 - Madrid, España
(+34) 913 65 62 21 - www.tarahumaralibros.com - bea@tarahumaralibros.com

Sb editorial

Yapeyú 283 - C1202ACE - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel.: (+54) (11) 4958-1310 y líneas rotativas
ventas@editorialsb.com.ar • www.editorialsb.com • www.facebook.com/editorialsb

*En cuanto una verdad sobrepasa las cinco líneas,
se trata de una novela.*

Jules Renard

Primera parte

La mujer de la Plaza de Mayo

El sonido del teléfono atravesó la cortina de agua y me alcanzó bajo la ducha. Era un teléfono de los años cincuenta, de baquelita, con una rueda central de números de fondo blanco y un pesado auricular. El día que se presentaba como uno más se transformaría en uno muy especial.

Esa primera llamada fue hace diez años, un año de luna azul. Era de mañana, en la casa de Martínez, un barrio residencial de las afueras de Buenos Aires. Una casa con jardín, patio interior y herrajes de bronce, amplia. Y el sonido grave del teléfono.

La última llamada ocurrió apenas hace unos días. De tarde, en este departamento en el distrito 11, lindante con el bohemio Marais, en París. Un departamento con vigas de madera, suelos que crujen, donde todo entra con fórceps, compacto como un barco. Y el sonido estridente del teléfono inalámbrico. Uno liviano, rojo, de teclas luminosas. Ocho notas iguales y una pausa corta, como la alarma disparada de un auto.

Cuando recibí la primera llamada, encontré la dureza en mi pecho, el país caminaba por el despeñadero, y, al otro lado del teléfono de baquelita, su voz me devolvió a la rutina. Con la segunda llamada, ahora que he regresado del hospital y la crisis del viejo continente me resulta conocida, al otro lado del océano, su voz quiebra mi rutina.

Una llamada encastrada con la otra, sin sobrante. Piezas contiguas de un puzle. La difusa y perturbadora sensación de que no podía ser de otra manera.

1

La primera llamada se produjo a finales de octubre de 2001. El chorro de la ducha caía con fuerza sobre mi espalda, bien caliente. Dentro de la nube de vapor, con la cabeza inclinada hacia abajo y los ojos cerrados, disfrutaba del masaje. Comencé a jabonarme en automático. Sentía el aroma a jazmín, el repiqueteo del agua sobre la bañera y atrás, en sordina, ruidos que no oía de tan familiares que eran.

De pronto, una dureza. Las yemas de los dedos la detectaron en uno de mis pechos. El derecho. ¿Una dureza? Dejé el jabón y la busqué. Una búsqueda a conciencia, los sentidos alertas. Un deseo intenso de que se tratara de un equívoco, puro invento de mis dedos.

Después de una breve y tensa exploración, la hallé. Cerca de la axila. Ninguna mancha en la piel, nada que sobresaliese. La aprisioné entre el pulgar y el índice. No dolía ni había pus.

La inquietud me invadió. Procuré aplacar el sobresalto. Debía ser algo sin importancia. Tal vez un golpe o la picadura de un insecto. ¿Cuándo había sucedido? Rastree su origen con la misma angustia que sentía de joven frente a una inesperada píldora anticonceptiva en el blíster. ¿Qué hacía allí? La febril reconstrucción se iniciaba. No eran un día o dos hacia atrás, eran veintiocho. Y la memoria se esforzaba para cercar el día exacto en que había olvidado tomarla.

Cuando sonó el teléfono de baquelita en el dormitorio, supuse, sin ninguna buena razón, porque a esa hora también podía ser una llamada para Juan, que era para mí. Salté de la ducha y fui a atender.

–Hola, Mercedes –me dijo Cristina, sin esa melifluidad que muchas secretarías emplean con los que reconocen cercanos a sus jefes–. ¿Puedo pasarte a Alberto?

–Claro.

Hablar con Cristina siempre era grato. Más allá de las premuras, de los humores de su jefe, ella nunca dejaba de ser cordial.

–Prusiana –dijo Alberto–, en media hora en mi despacho. Es urgente. Chau.

He tenido varios apodos a lo largo de mi vida. Algunos, por más anacrónicos que sean, me despiertan simpatía; otros, en cambio, me hacen chirriar los dientes. Los apodos mutan sin que nosotros mismos lo advirtamos. Un día alguien emplea uno antiguo y descubrimos sorprendidos que ya no nos nombra.

Prusiana. Alberto era el único que me llamaba así. No me importó su tono seco, alejado de esa voz melódica que tenía si estaba de buen humor. El apodo era sinónimo de cercanía. Además, su despedida había sido acorde con el saludo inicial. No había virado de improviso de la amabilidad a la súbita irritación, sumiéndome en el desconcierto.

Viví con alivio su pedido de que me diera prisa. Me devolvía a la normalidad. Debía dejarme de tonterías y apurarme. Pero, ante el espejo iluminado del baño, desnuda, no pude evitar observarme, de frente y de perfil. Nada. El bulto no se veía. ¿Qué esperabas?, me amonesté, ¿una joroba?

Nunca había tenido nada serio. No era alérgica a ningún medicamento. Ninguna operación. ¿Por qué esta vez sería diferente? Y mientras me lo repetía, desfilaban ante mí historias de cómo una mañana, una de tantas, sin nada que lo anticipara, la vida daba un vuelco: David, la amiga de Amanda y tantos otros. David era el único que seguía vivo.

¿Cuál sería el apuro de Alberto? ¿Tendría que ver con algún nuevo exabrupto de Negri? ¿O tal vez Bunge habría cumplido alguna de sus amenazas?

Me puse el uniforme de batalla, el clásico traje negro, la camisa blanca y los zapatos de taco bajo. Ya no se usaban los tacos aguja ni los

vestidos de lentejuelas. La época de pizza y champagne había concluido y estábamos en un paréntesis de sobriedad. No me engañaba. Sabía que duraría poco. El mito de Evita, popular y bella, era demasiado tentador.

Mientras me vestía se impuso esa otra imagen de Evita, una mujer de ojos hundidos, apenas sostenida por sus huesos, el día de su renuncia a la candidatura a la vicepresidencia. No llegó a saber qué tenía. Se lo ocultaron. Era el modus operandi de la época, el piadoso engaño. Se dice que Evita presentía su final. Hacía años que tenía hemorragias y vivía con frío. Cuando la operaron ya era tarde. ¿Y mi dureza? ¿Habría que quitarla? ¿Estaríamos a tiempo?

Juan ya no estaba en nuestro dormitorio. Se levantaba todos los días antes de las cinco. Decía que no necesitaba dormir más, que era una pérdida de tiempo. Aprovechaba las primeras horas para caminar en la cinta, hacer sus centenas de abdominales y preparar las instrucciones para cada uno de sus subordinados. Quería que éstos encontraran su mensaje en cuanto llegaran. El aliento en la nuca, afirmaba, es la mejor garantía de productividad. Detestaba improvisar. Ni siquiera lo hacía en los viajes de placer. Programaba el recorrido de cada día, incluso los sitios dónde nos detendríamos para darnos un respiro. Nunca aventurarse por una callejuela que la guía turística no mencionara, nunca adentrarse en un bodegón sin referencias. En cambio, era capaz de irse hasta los confines de la tierra para cerrar una operación comercial.

Lo encontré en el comedor diario, desayunando. Con una mano sostenía el diario, con la otra su tostada de pan integral untada con queso blanco. Llevaba su atuendo de gimnasia y su cabello cobrizo humedecido para evitar el remolino que se le formaba al levantarse. Estaba absorto recorriendo la página de los avisos fúnebres, los lentes de finas patillas metálicas en la mitad de la nariz, el clásico tipo de anteojos que no sobreviviría en mis manos.

Juan leía el periódico con detenimiento, todas las noticias, sin ningún filtro, y las fijaba. Podía olvidarse del cumpleaños de Sergio o de Matías, del mío, en cambio de quién compró tal o cual empresa, o del nombre del general que condujo la operación en Afganistán, ni por asomo. Retenía hasta el nombre de muertos que desconocía.

Del matutino de aquel día, recuerdo la mujer de la burka retratada en la primera plana. De pie sobre una tierra seca, la mujer mira hacia un punto lejano. Cerca de ella, casi a sus pies, el cadáver de un hombre joven, con los ojos abiertos y un filamento de sangre zigzagueante, perdiéndose en la arena. Ella lo ignora. Los cadáveres se han integrado al paisaje. No la sobresaltan. Ni siquiera los ve. Me hubiera gustado preguntarle cómo había hecho para acostumbrarse a la muerte, si ese atuendo no la asfixiaba.

La mujer de la burka me resultaba próxima. La guerra, lejana. Con las enfermedades me pasaba lo mismo, sólo me rozaban si detrás había un rostro conocido. Si no, eran de los otros. No tenían que ver conmigo.

Yo no leía los avisos fúnebres. De las muertes que nos son propias, no nos informamos por el diario y de las otras, mejor es permanecer en la ignorancia. Nos ahorramos pésames, velatorios y entierros. Nunca supe que decir en ellos. Juan, en cambio, tenía un amplio abanico de frases apropiadas y no retrocedía ante la impudicia del ataúd abierto. Iba y miraba como si nada.

–Juan, descubrí una dureza en mi pecho, en el derecho. No sé qué es –le lancé en cuanto entré en la sala. Él siguió leyendo.

–Juan –insistí.

Dejó el diario y levantó la cabeza. No detecté curiosidad en su semblante. ¿Me estaría prestando atención?

–Seguro que no es nada. No te aflijas –dijo al fin.

Era un consuelo tonto. ¿Habría otro consuelo posible?

–Nunca tuve un bulto como éste.

–Siempre hay una primera vez. ¿Si pidieras un turno con Verani para despejar dudas? –y agregó con una media sonrisa– ¿Ya te vas? Adivino. Uriarte. Es el único capaz de conseguir que no tomes tu café.

No respondí. Le di un beso ligero y partí cuando Benita le alcanzaba más té. Nuestros hijos dormían cada uno en su habitación. No entré para abrazarlos. Seguí de largo. Tampoco acaricié la cabeza de Whisky, que me acompañó moviendo la cola hasta la salida.

Cerré el portón de casa. El pitido del tren resonó cerca. Imposible prever a qué hora pasaría. Dependía del tiempo, del humor del maquinis-

ta, una tómbola malévola que te enmarañaba la vida. Si caminaba rápido, lo alcanzaría. Corrí.

El vagón al que subí iba atestado. Se hizo un hueco junto a los asientos del lado izquierdo y lo ocupé. Si hubiera estado del otro lado, habría mirado en otra dirección, y el cartel no hubiese existido. Si Evita lo hubiese visto, se habría salvado, pensé, y el “No llores por mí Argentina” no se hubiera diseminado por doquier.

El cartel estaba contra el enrejado del andén de la estación Rivadavia: fotografías de pechos, decenas de pechos. Todos diferentes. Llegué a contarlos. Veinte. Eran fotografías en blanco y negro, truncadas. Ningún rostro. Los pechos desnudos invadían todo el espacio. Una tabla y en cada una de sus celdas, un par de senos. Unos parecían pequeños globos adheridos al torso, la piel tensa. Otros se asemejaban a las ubres de la vaca, rebosantes. Los había caídos, deshidratados, rozando la última costilla. Busqué los míos. Los encontré. Formato pera, aureola chica, pezón largo. Pequeños pero sensibles, los justifiqué ante Juan, la primera vez que me desnudó. Hubiera querido tener los senos del extremo inferior izquierdo, con ese surco cortesano tan tentador.

Ahí estaban mis pechos al lado de tantos otros. Una leyenda abajo escrita en letras rosas sobre fondo blanco. “¿Los ves todos distintos?” Y la respuesta en la misma letra cursiva rosa, algo más reducida. “Para él, todos son iguales. Para él, no hay diferencia”.

Antes del descubrimiento de la dureza, el cartel me hubiera erotizado. Debería estar prohibido asustar así a la gente. ¿Qué se gana?

Al apearme en Retiro, avancé de prisa por el hall central hasta la escalinata del metro. “Línea C momentáneamente interrumpida”, rezaba una vez más el letrero apoyado sobre una silla delante de los molinetes. No me acerqué a los corrillos de frustrados pasajeros que mansamente esperaban el restablecimiento del servicio. Me daba lo mismo saber cuál de todos los imprevistos del habitual repertorio era el causante, si una avería, el trabajo a reglamento o un pasajero arrojado a las vías por un atracador. Debía llegar a tiempo.

El retraso me preocupaba. A pesar de que Alberto era impuntual, se ponía de pésimo humor si tenía que esperar. Un taxi en la zona de Retiro, donde operaba una mafia, estaba descartado. Y las filas en las paradas de los colectivos eran kilométricas. Para lograr subirse a uno había que alejarse bastante de la estación. Bastante podía significar tener que llegar al Ministerio caminando los más de tres kilómetros que lo separaban de Retiro. Avisé a Cristina. Me tranquilizó. Alberto estaba reunido con Rigo y con Negri. ¿Los tres? ¿Qué habría pasado? La última de Negri había sido irrumpir en la reunión de gobernadores en el instante en que sacaban sus lapiceras para estampar la firma en el compromiso de contención del déficit en sus respectivas provincias. La reunión acabó en griterío.

–No vine aquí para que me agravies –se defendió un gobernador.

–Ya vendrás a llorar cuando el banco provincial se te caiga encima –replicó Negri.

Alberto y Rigo remontaron pacientemente el acuerdo. Un trabajo de orfebres.

A lo largo del trayecto que finalmente hice a pie, el cartel seguía presente, aunque pronto compitió con una molestia que sentía atrás en un talón, justo en el borde del zapato. Imaginaba la piel en carne viva, la ampolla formándose, mientras me reprochaba haber escogido un zapato cerrado en lugar de una sandalia. Aunque estábamos a finales de octubre y era temprano, la temperatura ya era elevada.

La herida terminó por imponerse. Me dolía. Un dolor concreto que poco tenía que ver con el malestar difuso que se había disparado en la ducha. Era poco probable que la dureza implicara algo serio. El pasado me tranquilizaba. Pero la inquietud no desapareció, se transformó en una sombra errática, la que provoca una nube pasajera en un día soleado.

A medida que me alejaba de Retiro, mi pensamiento iba de la ampolla al Ministerio para retornar al talón dolorido. No había manera de pasar por alto la herida. Y eso que tenía males mayores de los que ocuparme. Formaba parte de la tripulación de un barco a la deriva que iba de tormenta en tormenta, cada vez más escorado. Los vientos no nos eran propicios.

En el frente externo, después de la crisis rusa de 1998, los mercados de capitales se habían cerrado para países como el nuestro, la mejora en

la calificación de nuestra deuda por parte de las agencias calificadoras se alejaba cada día, el precio de nuestras materias primas estaba deprimido, y Brasil había devaluado. Además, el atentado de las Torres Gemelas había terminado de borrarlos del mapa. Latinoamérica ya no era una prioridad. Los organismos internacionales miraban para otro lado.

Endeudados, sin expectativas de mayores ingresos en dólares, estábamos en problemas. Para colmo de males, las nuevas autoridades del Fondo Monetario consideraron que había llegado el momento de dar un escarmiento a la gestión crediticia desaprensiva de la banca, abandonando el rol de prestamista de última instancia del Fondo en las crisis de deuda soberana.

Y en el frente interno la situación no podía ser peor. La alianza política había quedado sentenciada con la temprana renuncia del vicepresidente y acabábamos de sufrir una estrepitosa derrota electoral en las últimas elecciones para la renovación de las cámaras. ¿Qué importaba si por la cantidad de votos en blanco se sostuviera que había sido un voto castigo para toda la clase política? Por la razón que fuera, nos quedamos sin mayoría en el Congreso. De ahí en adelante, sacar cualquier ley sería un parto, un toma y daca agotador. Me veía horas en el Congreso tratando de convencer a uno y a otro, cambiando figuritas, un nombramiento prometido por una abstención oportuna.

Nuestro margen de maniobra, de por sí limitado, se había estrechado aún más. Y los mercados nos castigaban.

–¿Vendo la posición de bonos de tu madre? –me preguntaba Juan al leer las cotizaciones de la bolsa–. La pérdida ya es significativa.

No sabía qué responderle y postergaba la decisión.

–Ser viejo es una pesadez –afirmaba mi madre–. Viejo y sin dinero, un drama. Ya se sabe que en este país te devuelven migajas a la hora de jubilarte. Hay que juntar fondos para no ser una carga para los hijos.

Si salíamos adelante, los bonos recuperarían su valor y habría hecho incurrir a mi madre en una pérdida innecesaria. ¿Y si no? La salida de la convertibilidad –un peso, un dólar– que teníamos desde hacía muchos años, a la que muchos atribuían todos nuestros males, era un tema tabú. Aún estábamos escaldados por la hiperinflación. ¿Una devaluación no

despertaría de nuevo al monstruo? Temblábamos ante esa posibilidad. La gente no quería ni oír hablar de abandonar la convertibilidad. Tampoco de los sacrificios asociados a su mantenimiento. El mismo Alberto me cortaba de cuajo cuando lo hacía partícipe de mis dudas.

–No digas tonterías –decía–. Tenemos un mandato claro, ni devaluación, ni default. La confianza se pierde de golpe y se restaura en generaciones. Lo importante en una crisis de deuda es recuperar la credibilidad. Es eso o la bancarrota desordenada. Por otra parte, estamos endeudados en dólares. ¿Con qué pagamos si devaluamos? Además, con una devaluación no duraríamos ni un día al frente del gobierno. La política mejor es que me la dejes a mí, Prusiana.

Rigo, menos drástico, vivía estudiando las crisis de las deudas soberanas de otros países, la mejicana, la rusa, la turca. Nunca dejaba de estudiar. Había sido profesor mío. Un verdadero maestro. Transmitía tanta pasión que resultaba imposible no contagiarse. Era alto, delgado, con la frente despejada, los ojos claros del color del tiempo, ora grises, ora celestes, un mechón de pelo lacio canoso que le caía sobre el rostro y que él reacomodaba con la palma de la mano abierta hacia atrás, recorriendo con un gesto lento su cabeza. Había quienes lo veían parecido a Paul Newman, otros a Bioy Casares. Todas sus alumnas se enamoraban de él. Miraba el mundo, y a sí mismo, desde una distancia insólita. Se ubicaba siempre en el lugar del relator, jamás en el del protagonista.

–La economía –solía decir– es como una novia esquiva que nunca se termina de conquistar. Cuando crees que ya la tienes, se te escabulle.

Rigo corría detrás de esa novia. Intentaba comprender, ir más allá. Me impresionaba su capacidad para vincular fenómenos aparentemente independientes. Pero no vino con ningún eureka para sacarnos de la encerrona en la que estábamos, con ingresos en dólares cayendo, los intereses de la deuda creciendo, una recesión que se eternizaba y sin acceso al crédito.

–¿Cómo estar seguros que el remedio no será peor que la enfermedad? –decía mientras se pellizcaba las sienes, claro signo en él de estar preocupado–. No quiero ser yo quien condene a la indigencia a miles de familias.

Pensaba que los costos de salir de la convertibilidad eran tan extremadamente altos, exigían tal grado de coordinación y eran tan inciertos sus resultados que era mejor diseñar alternativas menos traumáticas. Cuando los ánimos se caldeaban entre detractores y defensores de una y otra postura, Rigo leía un Padre Nuestro escrito por un colega suyo: "Wall Street que estás en todos los mercados, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tus capitales y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de la devaluación". Lograba arrancar una sonrisa a todos los participantes.

Yo trabajaba tantas horas como el cuerpo aguantara para evitar el descalabro. Me aterraba que mi madre tuviera que pasar por lo mismo que los abuelos. Entre las mega devaluaciones de Rodrigo y de Sigaut, el congelamiento de alquileres, y tantas otras medidas imprevistas, su pequeño patrimonio se había evaporado. Impotentes, mis abuelos habían visto como los ahorros de toda una vida de trabajo se les esfumaban en cada giro abrupto de la política económica. Y giros no habían precisamente faltado.

–Si somos austeros nos debería alcanzar –decía la abuela a sus setenta–, aunque la vida es ahora tan larga que me asusta que no nos sea suficiente.

¿Sería el turno de mi madre de hacer cálculos de cuántos años más viviría, deseando que fueran pocos para asegurarse una vejez sin sobresaltos? ¿Otra vez?

No había derecho. Debíamos encontrarle la vuelta, por ella, por mis hijos, por todos nosotros. Me iba de casa temprano, volvía tarde y la verdad es que la familia no entraba en mis prioridades. Juan padecía el abandono, nuestros hijos también.

–No me vengas –me reprochaba Juan– con que tu dedicación es por tu responsabilidad social o por el futuro de nuestros hijos. Lo tuyo es pura y simple borrachera del poder. Lo que de verdad te impulsa no es la sociedad sino tu ego. Lo peor es que estás convencida de tu influencia sobre lo que se decide y nunca serás más que un peón al que otro mueve.

No niego que la cercanía al poder me resultaba atractiva. Disfrutaba de sus frivolidades, recepciones oficiales con honores, una oficina de grandes ventanales, aunque lo que más me atraía era la descarga infer-

nal de adrenalina que el poder genera. Por primera vez me sentía sujeto activo de la historia, con capacidad de operar sobre la realidad y eso me embriagaba. Pocas actividades tienen un impacto tan potente como las políticas públicas, son de una onda expansiva única, y pocas te estresan tanto. Por más que el Secretario del Tesoro en Washington afirmara que a los argentinos nos debía gustar saltar de crisis en crisis porque hacía más de setenta años que recaíamos en ellas, yo padecía la incertidumbre.

A diferencia mía, Amanda mantenía mayor distancia con las batallas que librábamos ahí adentro.

–Tu procedencia no es de la política –me decía–. No actúes como si pertenecieras a ese mundo. Es peligroso. Alberto, como todo buen político, no dudará en tirarte por la borda si le conviene y, en cambio, no dudo que te inmolarías para contentarlo.

Alberto, en efecto, no me mostraba nunca sus cartas. Lo había vuelto a comprobar con la aprobación de la construcción de un edificio emblemático de la seguridad social. La sospecha que se trataba de un negociado, como tantos otros que tienen lugar en torno de la obra pública, parecía en este caso fundada. Alberto se había encogido de hombros frente a su aprobación sin darme ninguna explicación, aun sabiendo de mi rechazo al proyecto. Me dolió que ni siquiera se tomara ese trabajo. De ahí, a tirarme por la borda, había mucha distancia. No lo haría. Amanda se equivocaba. Él me protegía.

En la avenida Alem, frente al Ministerio de Trabajo, unos encapuchados cortaban la avenida reclamando más planes sociales de empleo. Los piquetes eran cada vez más frecuentes y concurridos. Las quejas de los ciudadanos también. Se tardaba horas en recorrer pocos metros. Pase lo que pase, me dije, Alberto me tendrá a su lado.

En cuanto lo vi me olvidé de la dureza, de la ampolla y de los piqueteros de la avenida. Estaba de pie, de espaldas, en medio de un haz de luz. Tenía ese cuello largo, tan distintivo de él, comprimido entre los hombros. Me acerqué despacio. Estiré la mano y la replegué de inmediato.

–¿Pasa algo malo? –pregunté con voz suave para no asustarlo–. Me dijo Cristina que estuviste reunido con Rigo y con Negri. ¿Hubo avance con los gobernadores?

Estábamos otra vez bregando por un nuevo acuerdo con ellos: menores fondos transferidos a las provincias a cambio de hacernos cargo de sus abultadas deudas. Alberto giró y me sonrió, con una sonrisa triste. Su mirada inteligente, incisiva, parecía ausente. No estaba el guerrero, el negociador. En su lugar había un hombre solo, cansado. Pero en cuanto se alejó del haz de luz, reapareció su otro rostro.

–No todavía. Presentaron una contrapropuesta. Dale una ojeada.

–¿Y el paquete de medidas económicas está cerrado? ¿O seguimos deshojando margaritas?

No me contestó. Alberto domina los silencios. Timidez, supuse al inicio de nuestra relación. Un error. Alberto se encierra en su mutismo, bien para incomodar al interlocutor, para propagar una velada amenaza, o para negar los sentimientos que lo turban.

Supe de sus silencios desde que lo conocí en el cumpleaños cincuenta de Rigo. Corría el año 1983 y la Junta Militar venía de confirmar la convocatoria a elecciones. Era el fin de la dictadura después de la derrota de las Malvinas. La fiesta estaba animada. Sonaba una música de fondo que los gritos y las risas ahogaban. Se podía distinguir a los políticos de los académicos no sólo por el atuendo, los primeros de traje y los segundos de riguroso sport, sino por la estridencia de los unos y la afectada medida de los otros. No conocía a nadie. David, que hubiera sido mi salvación, había cancelado a último momento.

En los cócteles me pasa lo mismo que en los velatorios: no sé de qué hablar. Nadie espera que digas nada trascendente, sostenía Juan. Se empieza por la derecha, se para unos pocos minutos en cada grupo, un intercambio ligero, no necesariamente recurrente, y en una hora, poco más poco menos, se completa la vuelta y se sale por la izquierda. Lo que para él era sencillo y hasta divertido, para mí era un dolor de cabeza.

Me parapeté en un rincón, cerca de la biblioteca, desde dónde podía observar a todos. De vez en cuando, curioseaba los libros para simular estar ocupada, y evitar que alguien me abordara. ¿Cómo no lo vi acercarse? No lo sé, pero ante mis ojos se alzó de pronto una copa de champagne. Miré al sujeto detrás de la copa. Un hombre espigado, de pómulos marcados y ojos penetrantes, oscuros y brillantes. Llevaba un pantalón

de pana gris y un sweater negro. Profesor, aposté. Mientras me tendía la copa, sus ojos no se apartaron de los míos.

–Alberto Uriarte –se presentó–. Al fin la conozco, Mercedes. Un placer.

¿Uriarte? ¿Éste era Uriarte, el político? Lo había imaginado de la edad de Rigo, menos refinado. ¿Juventud y refinamiento en un monje gris de la política? No cuadraba con el estereotipo que me había hecho del que se decía era el principal operador de Alfonsín. ¿Cómo sabía mi nombre?

Se colocó a mi lado, con su espalda pegada a la pared, como la mía. Estuvimos observando la fiesta sin hablar, con nuestras copas en la mano, el tiempo suficiente para que me ganara cierto nerviosismo.

–Buena música –dije aprovechando una bajada de decibeles en la sala.

–Charly García –acotó.

La madre de Alberto había detectado al músico cuando aún era un ignoto pianista. Ese muchacho llegará lejos, pronosticó ella cuando lo escuchó por primera vez en la radio, mientras madre e hijo ensopaban galletitas dulces en un vaso de leche. Alberto me lo relató mucho después, en uno de esos raros momentos en que habló de sí mismo.

En la fiesta de Rigo volvió a su mutismo hasta que, sin agregar una palabra, se alejó para unirse a uno de los grupos. Más tarde, me acerqué tímida adonde él se encontraba. No hizo el menor gesto para integrarme.

Cuando Alfonsín ganó la presidencia, Rigo se incorporó al gobierno y me fui a trabajar con él. Alberto lo hizo poco antes del primer levantamiento militar contra el gobierno democrático.

–Nena –me previno entonces Rigo–, los cuarteles siguen convulsionados. Si Uriarte pide más recursos, hagamos todo lo posible para concedérselos. Mantener a los milicos en sus cuarteles, entretenidos con sus juguetes, no es un gasto, es una inversión.

–¿Uriarte no estaba dentro del grupo de radicales que apoyaron la invasión a Malvinas, en contra del criterio de Alfonsín, que de entrada se opuso? –pregunté–. No parece sabio confiar en su criterio.

–Los que nos opusimos éramos tres gatos locos. El fervor popular es un canto de sirenas para cualquier político. Uriarte no fue la excepción, pero es un lince. No estaría donde está.

La derrota de las Malvinas contribuyó a la vuelta de la democracia, pero los militares conservaban una buena parte de poder. No los habíamos vencido nosotros. El juicio a las juntas militares –una bandera que había levantado Alfonsín en su campaña mientras Luder, desde el peronismo propiciaba una amplia amnistía–, y la labor de la Comisión Nacional por la Desaparición de personas, la famosa Conadep, les resultó más de lo que ellos podían tolerar. En los cuarteles se clamaba por una reparación histórica.

Ellos, que habían vencido en la guerra sucia al enemigo apátrida, que se habían jugado el pellejo en otra guerra para recuperar las islas que eran nuestras, ahora eran cuestionados. Los políticos, los empresarios, los mismos que habían pactado con ellos, que les habían suplicado que derrocaran al gobierno de Isabel Perón, que festejaron el inicio de las hostilidades, no sólo se hacían los distraídos sino que pretendían sentarlos en el banquillo. Lucharían por su dignidad. Se sucedieron las asonadas militares, los levantamientos.

Estábamos todos asustados ante la posibilidad de que volviesen. Ellos querían una amnistía irrestricta. No la hubo, pero en su lugar, se sancionó la ley del punto final, la ley de obediencia debida. Y se replegaron.

¿Se podría no haber cedido? Entonces, dadas las relaciones de poder existentes, el mismo juicio a las juntas constituía una osadía. Era imposible prever que, años después, los militares dejaran de ser actores claves, que perdieran todo protagonismo y nadie pensara en ellos frente a una turbulencia institucional, no sólo en nuestro país sino en todo el continente. Ya no son ellos los encargados de los golpes. Se usan otros mecanismos para hacer caer un gobierno.

Alberto nunca vino a mi despacho mientras duró la presidencia de Alfonsín. Me enteraba de los aumentos de las partidas presupuestarias por Rigo. Sólo un día, me crucé con él en uno de los pasillos del Ministerio. No se detuvo ni respondió a mi saludo. ¿No se acordaría de mí? Me resultaba extraño. Pero, ¿por qué habría de hacerse el distraído?

Pocos días antes de que asumieran las nuevas autoridades, asomó su cabeza por mi despacho.

–La política siempre da revancha, Mercedes. Volveremos. Se lo prometo.

Dicho lo cual, volvió a desaparecer. ¿Cómo era posible que un día nos cruzáramos en el pasillo y me desconociera y otro volviera con una promesa?

Después de la asunción de Menem perdí el rastro de Alberto hasta que en 1994 su nombre apareció de nuevo en los diarios. Se decía que era uno de los negociadores de la reforma constitucional pactada entre Menem y Alfonsín. No había declaraciones de él ni fotografías, sólo versiones indirectas que lo relacionaban con la negociación.

Nos volvimos a encontrar a mediados de 1999 en un brindis de la fundación que Rigo dirigía, cuando Menem estaba a meses de terminar su segundo mandato y De La Rúa ya era candidato presidencial por la Alianza. A medida que nos acercábamos a las elecciones, las encuestas parecían abonar la posibilidad de un triunfo de la coalición entre el radicalismo y el Frepaso. La sociedad parecía haberse saturado de tanta corrupción. Querían algo nuevo.

–¿Estamos seguros que queremos ganar? –nos provocaba Rigo–. El gobierno de Menem deja un lastre que lo mejor que nos puede pasar es perder. No podremos cumplir con las expectativas de la gente. Que por una vez el peronismo transite por su propio campo minado le vendría bien al país. Créanme, el rol de opositor no está nada mal.

Estaba conversando con David cuando lo vi entrar. No había cambiado. Se mantenía delgado y transmitía esa rara mezcla de sutileza y aplomo que pocos hombres tienen. Había ganado en seducción. Me acerqué cautelosa.

–Mercedes, qué bueno verla. ¿Se lo dije no?

No pudimos seguir hablando, enseguida lo acapararon.

De la Rúa fue elegido Presidente, a Rigo lo nombraron Ministro y me designó como su jefe de asesores. Estaba contenta con el puesto. Me posibilitaba una visión amplia de las distintas áreas de gobierno, sin una estructura burocrática por detrás. Y trabajar con Rigo era un lujo.

A los pocos meses de haber asumido, me mandó a llamar a su despacho.

–Nena –me dijo–, necesitamos que le des una mano a Uriarte.

–¿A Uriarte? ¿En qué ministerio está?

–En ninguno y en todos. Crearon un cargo ad hoc para él que le posibilita estar en las reuniones de gabinete, en las negociaciones externas y donde se le dé la gana. En su tarjeta figura una denominación algo rimbombante como coordinador presidencial en los asuntos de Estado o algo así. Lo importante es que esté. Es uno de los pocos al que el Presidente escucha. Encima los peronistas le tienen aprecio y Alfonsín, devoción. Sin él, para contrarrestar la influencia del círculo familiar del Presidente, estamos complicados.

–Estoy bien aquí –respondí.

–Necesitamos que lo secundes. Seguirás en contacto conmigo. Tranquila.

–Arlequín, servidor de dos patrones. No me interesa.

–Es importante que vayas y hables con él. No me lo hagas complicado.

Monté en cólera. ¿Quiénes pensaban que eran para manipularme de esta manera? Se trataba de un chantaje, un puro y simple chantaje. O me iba a trabajar con Alberto o quedaba fuera del gobierno. Apenas llegué a mi oficina, tenía a Cristina pidiéndome que fuera a ver al flamante coordinador. De inmediato.

Creo que llegué a saludarlo, pero ni siquiera me senté. No le di ningún margen para que me explicara nada.

–Desde la fuerza –le dije– no conseguirán nada de mí. O me tratan bien o me voy a mi casa.

Aunque en política usar a las personas como peones fuera habitual –te pongo, te saco–, yo no tenía por qué admitir sus códigos.

–Qué carácter –me respondió Alberto con ojos risueños y, abandonando sin más el usted, pasó al tuteo–. Te prometo que lo pasaremos bien juntos y no te separaré de Rigo. Te divertirás. Y haremos cosas importantes. Dame un voto de confianza.

En la conversación que mantuvimos luego, y mientras Alberto enumeraba todos los temas que abordaríamos, seguía preguntándome por qué habría ejercitado tanta presión para que lo secundara. Me dolía que Rigo me hubiera soltado tan fácilmente, pero por otro lado, a medida que Alberto hablaba, comencé a sentirme una pieza importante y la vanidad pudo más. Es común que las mujeres desconfiemos de los hombres que

nos ofertan cargos y poder. ¿Querrá algo más de mí que mi cerebro?, nos preguntamos más temprano que tarde en nuestras carreras. Cedí y acallé la sospecha de que ese movimiento pudiera esconder otras razones. Me dije que era pura paranoia.

Aquella mañana en su despacho supe que no le arrancaría ni una palabra más sobre los anuncios que toda la sociedad aguardaba. Los rumores sobre cambio de gabinete o sobre el proceso de reestructuración de la deuda no cejaban. No terminaba de entender qué estábamos esperando

–Quiero una exposición del Plan Familia para todo el gabinete –pidió–. Corta, no más de quince minutos.

–¿Y la administración del programa dónde?

–Abierta.

–Bunge volverá a la carga –remarqué.

–Luego. Ahora no, Mercedes.

–¿Y cómo lo financiamos? El Banco Mundial no soltará ni un peso hasta que el Fondo nos dé su bendición. Hay que sacar recursos de otros lados. Ninguna secretaría quiere ceder ni un ápice de sus partidas. Sin modificar el régimen de asignaciones familiares, no lo lograremos. Rigo y Negri coinciden en este punto.

–No lo votarán. No insistas.

–¿Cómo hago entonces para que luego cuadre el presupuesto del año que viene?

–Ya lo resolveremos. No rompas con tecnicismos –respondió Alberto.

–¿Tecnicismos? Una presentación de un programa social sin financiamiento y desconociendo quién lo ejecutará. Me fascina la perspectiva. Muy útil lo mío. Seguro que en Washington lo celebran y cuando venga la misión del Fondo se enternece y adelanta el desembolso del tramo de diciembre para que no hagamos uso de las reservas.

Alberto achicó los ojos y su pierna derecha comenzó a moverse como sucedía cada vez que se crispaba. Sacó un papel del montón de su escritorio. Daba por terminado el encuentro. A veces lo decía abierta-

mente, otras pedía una llamada a su secretaria o, como esta vez, se ponía a leer algo. Resentí su súbita frialdad. Habría podido acudir a mi pequeño bulto como disculpa, al cartel de la estación Rivadavia. No lo hice. Sólo rogaba que Amanda ya hubiera llegado para desahogarme.

Mañana de perros, masculé al salir.

Buenos Aires a fines del 2001. París a fines del 2011.

Diez años que aúnan la debacle de un país, la convulsión íntima de una grave enfermedad, y un amor oculto.

Una trama sugestiva y apasionante que devela la trastienda del poder en tiempos del corralito, vivida en primera persona, con relatos insospechados sobre personajes reconocibles, y la impotencia para modificar el curso de los acontecimientos.

Ante la pérdida de horizonte, ¿se imponen la mezquindad, la cobardía o el abuso? ¿Hay espacio para la generosidad?

Días de luna azul posee la belleza de conjugar la reflexión social con la intimidad de una vida.

Una novela tan real, que resulta inverosímil.



sb